

El mar ya no es, de **Marcelo Gatica Bravo**

Nelida Jeanette Sánchez Ramos
Universidad de Colima

E*l mar ya no es* (Alquimia Ediciones, 2022), es el reciente poemario de Marcelo Gatica Bravo (Cauquenes, Chile, 1976). Es escritor, profesor de Castellano por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE), y doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Realizó su tesis doctoral sobre Rodrigo Lira por la cual recibió el *Cum laude*, cuya investigación dio fruto a los volúmenes: *Barios buelos: boladas boludas* (Piélago, 2016) y *DoQmentos del anteayer* (2021). Ha publicado, entre otros, los poemarios: *Anclado al Pescador de Mares* (2016), *El extramuro / Väljaspoolmüüre* (Estonia, 2018) e *Historia universal de una trenza* (2020). Fue antologador de, *Vientos del sur: Lounatuuled: Tšiili luule: Poesía chilena* (2015), edición bilingüe que contiene poemas de Mistral, Neruda, Huidobro, Parra y Lira entre otros. Por lo anterior, lo convierte en una de las voces chilenas más contemporáneas imbuidas en la poética de realización verbal, vanguardista, epidérmica, irónica y llena de espiritualismo, presencia directa que caracteriza a su escritura.

En este reciente libro, *El mar ya no es*, la muerte se registra como la experimentación subjetiva del agua que limpia, purifica, consuela, rememora e incluso, otorga consuelo en términos verbales dentro de montajes artísticos que nos reduce y transforma a espacios imaginativos/sensoriales o a su vez, es un aluvión de tiempos afectivos/referenciales. Es el espacio labrado desde una plataforma teórica en donde la imaginación del espacio cumple toda la función trascendiendo la sintaxis e inclusive, instalando una nueva puntuación; este cañamazo nos recuerda a *Especies de espacios* de Georges Perec



como lo señala: "Escribo y es mi primer espacio" (1999: 32), la forma unitaria del poemario traza un agujero en el mundo para indicar otro punto. Se trata de una forma artística que comienza, desde con el epígrafe bíblico con el que abre, de palabras de llanto, una oda al padre que ha transitado hacia otro plano, pero más tarde aglutinan la plenitud del agua, cito:

Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron (...). Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no es (*Apocalipsis* 21: 1-4).

El discurso irrumpe entrópicamente como mensaje totalizador, alocuciones de ofrendas traducidas desde letanías de la familia, pasajes bíblicos, pero todo deslumbra en una imagen confirmada en la obra: el agua. Belleza natural en donde existe una comunión con dicho elemento: la "lengua del mar" se apodera y es la asociación suscitada que empapa poéticamente a todos los versos de ese lenguaje que quiere caer en un copo de nieve, de la superficie de unos ojos que riegan al desconsuelo, a lo que se fue, se vivió, a ese hombre de esencia quien nos permite parpadear los límites húmedos de los mares, de un poeta con temperatura polvorosa, cetácea. La misma visión: rememora. Los días, las noches, los pasillos, la sala de espera, lo indivisible pertenece a la urgencia que se escapa; provocando que el todo adquiera la forma de agua: océano, mar, río, una ola de alguna parte de Chile, las lágrimas del padre hasta el Atlántico que separa a un hijo con su progenitor. El universo autónomo de trasmutación formal es el recuerdo de niño a hombre, esta absorción se concatena en los poemas que terminan con: "Desde una terraza con forma de agua", "Desde un pasillo que es lo más parecido a un río evaporado", "Desde una silla con forma de ola", "Desde una silla en medio del Atlántico", "Desde una casa de agua", "En la orilla de una playa sin tiempo".

Todos los fragmentos del texto son sustentados por un símbolo de imaginación y de fuerza que darán sentido y metamorfosis a toda la superficie reinante del espacio: la fractura empeña en fundirse con el agua. La imaginación del autor requiere el préstamo de la pesada tarea en donde las imágenes de la materia remiten a la

ensoñación de la infancia que se funden con uno de los cuatro elementos fundamentales de la vida, como lo señala Bachelard en *El agua y los sueños* (p. 12), todo se nombra a través del agua, una habitación mojada, la metástasis de un padre que desliza su vida como la humedad, las palabras que son oleaje.

Por otro lado, el agua es un espacio que se dimensiona desde una acrobacia en medio del Atlántico en búsqueda de la última silueta patriarcal. El agua es todo un espacio o el espacio de transformación para agrupar las transformaciones/metamorfosis ontológicas con papá: océano, espuma, hielo, una lágrima que produce el *Big Bang* de la dinámica extensional de los restos de la esperanza: "Papá, el silencio es el lenguaje de los elegidos porque el mar ya no es" (Gatica, 2022: 16).

De este modo, la enfermedad, la metástasis participa en la esencia misma de lo que no tardará en dejar de sentir; a través de giros lingüísticos, el poeta-hijo derrite los recuerdos de las paredes de su casa. La configuración espacial del agua en cada poema es una salida antes del descenso final, puesto que, en las líneas autorreferenciales, Gatica especifica más que recuerdos de la infancia, de la juventud o pliegues familiares, traslada el texto en el espacio quebrado, el cual, corre con los años porque es un río que se seca y busca un mar para llenarse, aunque ya no hay plegarias que empañen al hombre. El agua son diálogos cuánticos que, en una segunda etapa del poemario codifican y enriquecen todas las historias interpretativas de Gatica. El mismo recuerdo filial sostiene de todas las fuentes de su árbol genealógico: el abuelo, el hermano menor son personajes en estos espacios acuáticos. El autor siembra una galaxia con fórmulas secretas, pero hemos de advertir al lector que, nos enfrentamos ante versos libres donde la geometría corta el aliento, si pudiéramos emplear otro título para este libro, sin duda, *Oda familiar acuática*. Y no es que las imágenes materiales en retrospectiva profesen la conciencia de la muerte como un espejo de luz; es decir, del agua, pero esos trozos de espacios son el túnel de un tono en el cual, la materia del agua va gestando una lápida con un nombre: épocas, alfabetos, manos, ausencias y un cielo que se funde con el padre.



En este libro a diferencia de los anteriores de Gatica, existe una evolución del lenguaje, de la imagen, de las vocalizaciones, de las metáforas y el ritmo que son la retórica principal que rige a todo el discurso que se construye sobre el agua: entre el espacio y el tiempo. Además, se hace posible que, del uso cotidiano de la lengua, en estos diálogos, el poema es una fragmentación mucho más elaborada de la contemplación del mundo y el centro que se tiene como a sí mismo. Las formas se contemplan reflejadas por las aguas turbias a través de débiles indicios simbolizados:

Me entrenaron para ser dócil:
"soy como un muerto
que abre lentamente
la tapa del ataúd" (p. 29).

La tercera parte del poemario, "Pese a la temporada de sequía en el horizonte", pareciera evidente que hemos llegado a un espacio de aridez, pero es un doble juego de cauterización por el poeta; es decir, repetir sistemáticamente el verso con el agua es también, refugiarse en un punto. Tapar: "un silencio desértico del niño que sufre con algodones". Poco a poco, en este apartado, de este modo este elemento es la mirada de la historia, su aparato para mirar el ángulo óseo de los retenes de la juventud. Y el lector contempla efectivamente lo que se oculta; provocando todos los pasajes que Gatica señala al referir que desde los contornos que vuelan de una sala de urgencias, las imágenes de *Google* van a hacer su aparición, la era digital, la vida seca y globalizada de la plataforma de *streaming* que atrapa Netflix. Estamos ahora, nosotros lectores, en el núcleo de los márgenes acuáticos en donde lo transitorio es volver al origen, a fin de que ese soplo cósmico que ha de tornar a la primera esfera, el vientre materno, a la anatomía de barro, al meteoro, pero sin más, al mar; porque todos los piélagos son el origen y el poeta apunta hacia ese espacio como mantenimiento de composición, de repetición del verbo. El agua donde se gesta, renace para ya no volver al dolor, porque primero fue el hombre y después de la muerte vendrá el mar bañándonos con su calma.

Referencias bibliográficas

Bachelard, G. (2003). *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gatica, M. (2022). *El mar ya no es*. España: Alquimia Ediciones.

Perec, G. (1999). *Especies de espacios*. España: Montesinos.

Nelida Jeanette Sánchez Ramos

sanchez_nelida@ucol.mx

Nacionalidad: mexicana. Es PHD en Letras españolas e hispanoamericanas por la Universidad de Salamanca, España. Pertenece al SNI, CONACYT. Disciplinas: Teoría Literaria, literatura del Cono Sur, Lingüística Antropológica, Arqueología Antropología. Actualmente es docente en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima.



Sin título (fragmento)
Artista: Hernando Rivera